

Jorge Casariego - El Valle Occidental de los Reyes

Sociedad Uruguaya de Egiptología
Montevideo Uruguay

Publicaciones

Vol. XIII

Jorge Casariego

EL VALLE
OCCIDENTAL DE LOS
REYES



Montevideo
1996

Dedicado a:

Ali
Mohamed
Hassan
R. Wilkinson
J.J. Castillos

Sociedad Uruguaya de Egiptología

Introducción

Cuando visitamos por primera vez Egipto en el año 1989, vivimos diez días aproximadamente, en la ciudad de Luxor.

En varias oportunidades cruzamos el sendero que une en la colina Tebana, el Valle de los Artífices con el Valle de los Reyes. Observando detenidamente desde la colina vimos incontables entradas de tumbas similares a las de cualquier cueva. Todas ellas ubicadas en las laderas que forman un pequeño valle entre la colina Tebana y la colina de Gurna.

Sabíamos que las mismas, son conocidas pero parcialmente estudiadas. Sin embargo, debido a su peculiar ubicación éstas nunca son visitadas.

También en este viaje recorrimos el Valle Occidental de los Reyes, en forma parcial y fugaz. El mismo nos sorprendió por sus dimensiones y su estado casi natural de conservación.

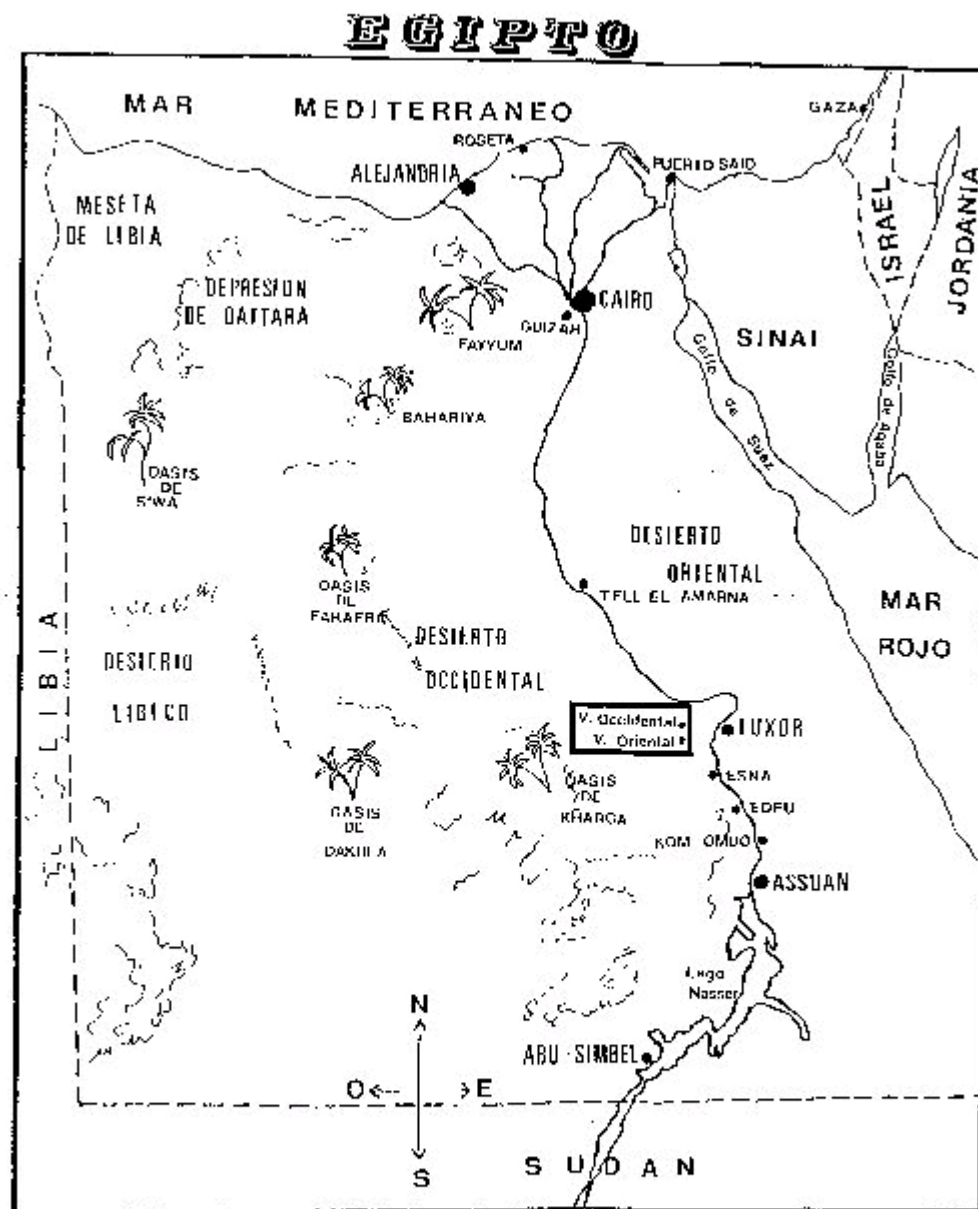
Nació de esta manera en nosotros la firme ambición de alimentar el proyecto de en un futuro viaje, desarrollar con tiempo y en forma un mejor estudio (dentro de nuestras posibilidades) del Valle y las tumbas anteriormente mencionadas.

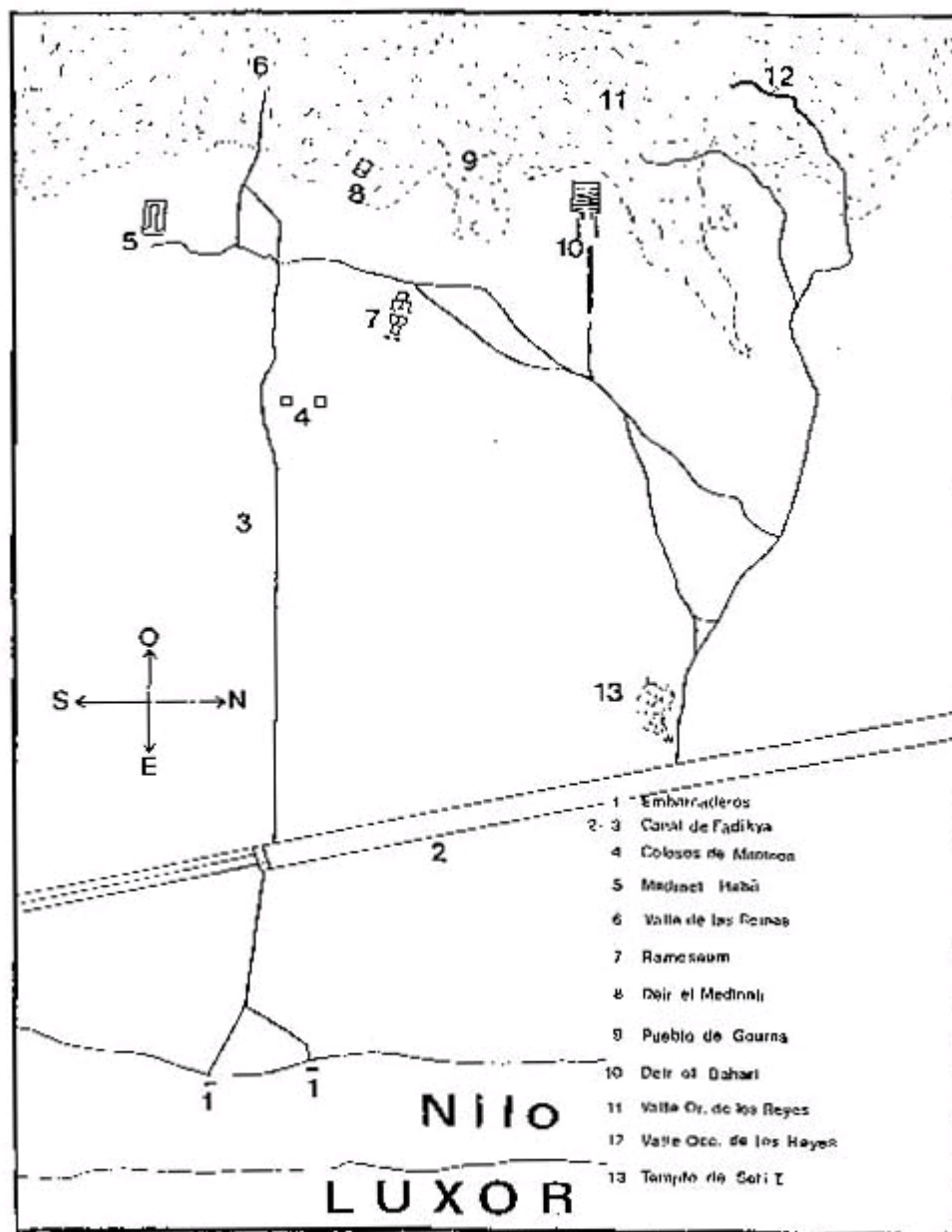
Entendíamos previo a nuestra próxima visita, que bien ameritaban esos lugares distraer nuestro tiempo y esfuerzo.

Como dijimos, sospechábamos que podíamos extraer datos e impresiones de cierta importancia debido a su estado y ubicación.

En el desarrollo de nuestro informe trataremos de narrar los resultados de las visitas efectuadas entre los meses de Abril y Julio de 1992.

Jorge Cusariago.





-I-

El Valle Occidental de los Reyes

En nuestro último período de estancia en Egipto, teníamos como particular expectativa volver a visitar el valle occidental de los reyes, conocido por los habitantes del lugar como el valle de los monos o wadí el garud en su lengua nativa. Nombre nacido a raíz del descubrimiento de la tumba del sucesor del faraón Tutankhamón, el sacerdote Ay.

Esta tumba descubierta por el ingeniero Battista Belzoni cuenta en una de sus paredes con una pintura donde se pueden apreciar doce babuinos, a lo cual debe su nombre.

Este valle suele pasar inadvertido a la gran masa turística que llega a visitar el valle oriental de los reyes, o a aquellos que simplemente ignoran sus existencia.

El mismo ha sido motivo de estudio por parte de distintas misiones arqueológicas, a pesar de no haber sido encontradas en él tumbas de mayor relevancia (en comparación con el valle oriental), el mismo se encuentra en estado casi natural de conservación.

Las huellas más significativas que podemos encontrar en este momento son justamente la de las últimas expediciones.

Se pueden apreciar en distintos lugares estacas y restos de cuerda donde se cuadrícularon distintas parcelas sin indicios de excavación; números de clasificación en distintos lugares como rocas, elevaciones y montículos de piedra con restos de excavaciones anteriores a efectos de saber, en una futura limpieza, de dónde han sido extraídos.

Al introducirnos en el valle dejando la carretera unos quinientos metros aproximadamente, el silencio nos recibe con un espectáculo no exento de calidez. Ya que a pesar de la aridez del lugar, la combinación del color ocre de las laderas con el azul del cielo dejándose oír a veces el chillido de algún ave, lejos de la perturbadora algarabía de los turistas.

No es difícil para nosotros concentrarnos en nuestros propósitos, e incluso llegar a imaginar a los antiguos obreros junto a sacerdotes trabajando con fervor por terminar la morada eterna de algún real destinatario.

Pág 1.

Sabíamos que en este valle se encuentran las tumbas de Amenhotep III, la del sacerdote y luego Faraón Ay, (XVIII Dinastía) y varias más en estado ruinoso.

Nuestra anterior visita había sido breve y muy superficial; queríamos por lo tanto en esta oportunidad recorrerlo, conocerlo y estudiarlo en forma profunda ya que contábamos con tiempo para hacerlo.

Éramos conscientes de que sería remota la posibilidad de visitar alguna tumba existente en el lugar, debido a que éstas se encuentran cerradas y tapiadas con rejas y montículos de rocas.

Nuestras diarias incursiones al valle Tebano, en toda su extensión, las efectuábamos en bicicleta (transporte no sólo económico sino también de Agil desplazamiento) cruzando el Nilo temprano a la mañana por una de las balsas populares ahí existentes. Y queremos decir que ver a los colosos de Memnón bañados por el sol, a las 7.30 A.M con la colina Tebana a sus espaldas en todo su esplendor, nos hacía olvidar el calor que a veces se siente al pedalear.

Hoy en día, en la entrada al valle occidental hay dos edificaciones, una es sencilla y pequeña de un solo ambiente y pertenece a los guardias del lugar, y la otra mucho mayor, con más habitaciones, siempre cerrada, es la destinada a las distintas misiones que deciden alojarse en el lugar.

Nosotros acostumbrábamos a dejar la bicicleta en la casa del guardia llamado Ali, con el que teníamos particular amistad, el que al ver nuestra documentación oficial y nuestro carné de estudiante de egiptología, comprendió que nuestras diarias visitas al valle eran de carácter técnico.

Nos autorizó entonces a entrar al valle sin objeciones, autorización invaluable para nuestra experiencia, de manos de un humilde y orgulloso nativo del lugar.

Como decíamos al principio, los rastros más significativos son los de anteriores trabajos. Diversos senderos parten del camino principal entre paredes rocosas o hacia montículos de escasa altitud. Para poder imaginario, diremos que este camino principal recorre de este a oeste toda la extensión del valle y los senderos parten tanto al norte como al sur. De esta manera decidimos dividirlo imaginariamente en forma romboidal, (forma que incluso entendemos tiene naturalmente el valle), para poder estudiarlo en forma ordenada y sistemática.

Comenzamos nuestra tarea en el sector nor-este donde nos encontramos con una gran entrada cerrada por rejas, de una tumba que por su tamaño nos hace pensar en la de un faraón.

La cual, efectivamente, pertenece a la entrada de la tumba de Amenhotep III (XVIII dinastía).

Poco podemos hablar de ella por experiencia propia, salvo que sabemos que su interior se encuentra muy deteriorado debido a grandes inundaciones y avalanchas, al haber quedado abierta, [tal vez por siglos]; expuesta a cambios climáticos luego de la visita de los tenaces pero inexorables ladrones.

Al observar la ubicación de su entrada al pie de una pared de la colina comprendemos lo dramático de su estado y pensamos que es un milagro que haya llegado a nuestro siglo sin haberse perdido para siempre, ya que su ubicación o entrada, difícil de encontrar, parecería querer ser absorbida por la montaña. La reja y el montículo de piedras que cubren parcialmente la entrada a esta tumba, tal vez sean su más firme esperanza de no ser olvidada como testimonio material de la casa de millones de años de Amenhotep III.

En este sector encontramos claros indicios de una reciente excavación, mucho nos llamó la atención un montículo estratificado, el cual daba la fuerte impresión de haber sido recién terminado. Sus dimensiones eran de aproximadamente 5 metros de altura y por lo menos 15 de lado. Son muy llamativos también los agrupamientos de lascas de piedras al pie de la colina en gargantas de formación natural ya que al caminar sobre ellos burgando rincones, muchas veces tuvimos la sensación de que debajo era hueco.

Debido a nuestra sencilla y precaria situación, a lo que en instrumentos se refiere, en más de una oportunidad debimos acudir a nuestra máxima concentración para poder comprender si estábamos sobre montículos naturales, sobre pozos o excavaciones tapadas intencionalmente.

Estas dudas se deben a que en más de una oportunidad estos montículos no contaban con más de 50 cm de alto, ubicados en formas regulares. Al no contar con datos concretos nos inclinamos a pensar que se trataba de sondeos anteriores, que habrían sido tapados con la misma piedra extraída; debido a que son innumerables los hoyos de iguales características tapados intencionalmente en los distintos valles, y que en el caso de montículos de sobranles de excavaciones por lo común son colocados en lugares abiertos de fácil acceso.

Al trasladarnos al sector nor-este tras murallas naturales parten dos caminos que conducen a una de las gargantas de mayor tamaño en el valle. Caminos que a su vez se ramifican para conducirnos muchas veces a ningún lado preciso, y otras a evidentes trabajos de sondeo al mismo pie de la colina. Quedándonos con una sensación de frustración al no contar con más datos, e imposibilitados de poder efectuar en esta oportunidad siquiera un intento de escalamiento siguiendo estos rastros.

Los cueles conducen a las grietas naturales de la muralla y que en más de una oportunidad albergan tumbas de insospechada magnitud como por ejemplo las de Tutmosis III y la de la Faraona Hatshepsut (XVIII Dinastía), en el valle oriental.

En el valle occidental nuestra frustración se veía atenuada por el llamado de la prudencia, ya que sabíamos que estábamos solos y que cualquier accidente podría llegar a comprometer nuestra integridad física, en caso de caer en un pozo o tumba abierta, el valle es grande y sería difícil encontrar a alguien enseguida. En segundo lugar, los datos con que contábamos del valle no nos hablaban de otras tumbas relevantes más de las que ya hemos mencionado.

Acostumbrábamos a quedarnos de tres a cuatro horas en el valle en espera de que pasara el mediodía, aprovechando que a esa hora disminuía notoriamente el flujo de turistas al valle oriental por el almuerzo o por el intenso calor.

Situación óptima para poder visitar las tumbas reales, ya que hasta sus propios guardias aprovechan para descansar.

Creemos que describir la sensación de conocer estos monumentos, al recorrerlos palmo a palmo, identificando en sus cartuchos los nombres reales de sus propietarios, siguiendo las esbeltas y firmes líneas de los relieves y dibujos, sabiendo que estamos en un lugar desértico y en la entraña de una colina; sería una tarea difícil y de carácter personal.

Ya que no podríamos dejar de sustraernos de lo meramente técnico, para paso a nuestra imaginación y sensibilidad frente a estos monumentos milenarios cargados de historia y dramatismo.

Por lo dicho nos dedicaremos a describir brevemente su actual situación de acuerdo a nuestro criterio.

Estas tumbas, al momento de nuestra visita, despiertan mucha preocupación, al ver que lugares que no fueron hechos para recibir la visita de hasta dos mil personas ¡POR DÍA! algunas veces, soportan estoicamente los indiscriminados embates de quienes han sentido derecho de propiedad, e irracionalmente olvidan que el estado de los monumentos depende primordialmente de ellos mismos. Sumando a que hoy son una fuente de ingresos, no vemos con claridad su futuro.

Por citar algunos ejemplos: la tumba de Seti I, llamada también la de Belzoni, calificada como la más hermosa de todas, causó conmoción en el momento de su descubrimiento debido a su excelente estado de conservación, frescura de sus pinturas, relieves y dimensiones.

Quienes la visitaban no se cansaban de decir en aquel entonces que parecía que recién la habían terminado. Sin embargo hoy es un monumento en ruinas clausurado, y posiblemente para siempre arruinado.

La tumba de Ramses III, para nosotros la más bella que se conserva en la actualidad. Donde se inspirara Wilkinson para formar su espléndido trabajo de "Costumbres de los Antiguos Egiptios", donde no se cansaría jamás de ver, estudiar y dibujar sus pinturas. También el escocés Bruce, su descubridor quedó maravillado por la pintura de los arpistas, situada en la tercer sala pequeña, a la izquierda del segundo tramo, en el corredor de entrada. Hoy se encuentran, la mayoría de las pinturas, entre ellas la de los arpistas en un estado verdaderamente deprimente, los cuales, de no tomarse medidas urgentes se perderán irremediablemente, eslando hoy en día casi irreconocibles.

La tumba de Mernepath es otro ejemplo, a pesar de encontrarse en relativo mejor estado, muestra de todos modos importantes deterioros y un sin fin de gráficas en sus paredes que es común que pasen inadvertidas al ojo inexperto.

Paradójicamente éstos casos de falta de contemplación hacia los monumentos, se tornan en documentos debido a sus autores, fechas y nacionalidades, las cuales al leerlas nos daría la impresión de viajar vertiginosamente en el tiempo a través de los siglos.

Las tumbas de Ramses VI y la del General Horemheb, fascinantes por sus dimensiones y espléndidos colores, al estar abiertas constantemente, y por su belleza ser muy visitadas, están actualmente llenas de polvo y sus pinturas se tornan cada vez más opacas, añadiéndose que la transpiración de los visitantes transformada en humedad se adhiere a las paredes formando de esa manera hongos que a la postre son muy difíciles de combatir.

Donde tenemos la prueba más patética de estos inconvenientes es en la de Tutankhamón, que a pesar de ser muy pequeña cuenta con una cámara sepulcral bellamente ilustrada con escenas rituales relacionadas exclusivamente con temas funerarios. Alberga en su interior en forma exclusiva en el valle, el sarcófago real, conteniendo éste a su vez el tercer féretro con la momia del rey.

Como sabemos esta tumba fue encontrada por Howard Carter en 1922, estando prácticamente intacta. Los medios de comunicación, supieron tejer hábilmente alrededor de esta tumba un sinfín de intrigas, lo cual a la postre significó para estos medios un fértil terreno de ventas. Alimentando así la curiosidad de aquellos que lejos estaban de comprender la magnitud científica de este hallazgo.

Es por este motivo que esta pequeña tumba plantea hoy en día a sus custodios la no fácil decisión de cerrarla definitivamente al público, lo cual se presenta en carácter urgente, ya que sus paredes están minadas de hongos, o desatender este silencioso mensaje en pos de no defraudar la curiosidad de los visitantes.

Sin embargo encontramos por citar un ejemplo, en la tumba de Amenofis II indicios de tareas de preservación más que de conservación, en columnas y paredes ya que al igual que en las tumbas de los nobles en el pueblo de Gurna, se han colocado mamparas de acrílico transparentes, separadas aproximadamente 10 cms de la pintura, lo cual obviamente impide que sean tocadas, como también no permiten el uso del flash, ya que este en caso de acclunarse "rebota", con pocas posibilidades de que la toma sea lograda, sin embargo de esta forma no se soluciona el problema del sudor.

También en la tumba de Seti II impiden el acceso a salas laterales por medio de barreras, simple medida que sin embargo evita que sean tocados los motivos de las pinturas.

En la tumba del General Horemheb encontramos similar medida, junto a trabajos de restauración muy lentos que no hablan de prontas soluciones.

Cabe puntualizar que es en esta tumba donde podemos observar las distintas etapas técnicas del basorelieve en las paredes próximas a la cámara sepulcral.

Podríamos decir que junto a su importante dimensión, el mensaje de sus paredes ha logrado llegar mucho más lejos, para nosotros, que el exclusivo destinado al bienestar del faraón.

Hoy vemos como los anónimos artistas de estas tumbas, con su firme pulso y agudo sentido de la simplicidad en las líneas, realizaban paso a paso su tarea.

Tan impresionante es este mensaje, que al no haber podido ser terminada la obra por la anticipada muerte del faraón, hoy se pueden confundir estos trabajos iniciados hace miles de años, con posibles trabajos de restauración actuales.

Teniendo el tiempo necesario, es un lugar impostergable para la observación y la meditación, ya que como en forma muy general hemos descrito, esta tumba, fuente importante de ingresos, visitada por miles de curiosos transpirados turistas, ve su mensaje original para el faraón, y los no menos valiosos para la ciencia, día a día mermar su calidad y calidez de frente a un futuro difícil de pronosticar.

Distinto es el panorama del valle occidental, en referencia a su salud física. Cuando llegamos a la garganta más grande y profunda del lugar, situada al nor-oeste, nos encontramos con la tumba del sacerdote Ay, la cual carece de identificación y nos hizo dudar en un principio de que fuera realmente la mencionada.

La misma se destaca, al igual que la de Amenhotep III por su entrada, piedras y reja que la protegen. A escasos 30 metros aproximadamente, se puede observar mejor terminada incluso, la boca que conduce a otra tumba de la que ignoramos el nombre de su destinatario. La misma, a pesar de estar abierta cuenta con no menos de dos metros de profundidad, la cual, como ya dijimos (por nuestra precaria situación), nos está vedada.

Al pararnos a meditar y observar las dimensiones de este valle se nos plantea la interrogante de por qué no fue más poblado de tumbas que no tenían por qué ser precisamente de reyes.

Sabemos que el valle oriental, se encuentra separado por colinas de gran magnitud (en comparación con la que la separa del valle occidental) de otras necrópolis, considerablemente ocupadas por tumbas de notable calidad.

Sin embargo hasta el día de hoy, lo descubierto en este valle tan próximo al oriental no justifica su poca explotación; sabiendo la preferencia de los antiguos egipcios por morar eternamente lo más cerca posible de su Rey.

Entendemos que no sería descabellado esperar sorpresas en el futuro, de desarrollarse con todo el adelanto técnico con que hoy cuenta la ciencia, un prolijo y profundo estudio del lugar.

----- 0 -----



V. Occidental, ubicación de la entrada a la tumba del Faraón Ay.



El silencio nos recibe con un espectáculo no exento de calidez. Lejos de la perturbadora algarabía de los turistas.



Luego de despedirnos nos retirábamos en nuestra bicicleta, lo que siempre es sumamente divertido y descansador.

Pág 51



Sendero que une en la Colina Tebana, el Valle de los Artifices con el Valle de los Reyes.



Valle que se forma entre la Colina Tebana y la Colina de Gurna. (Vista desde el sendero).



Tumba de Amenofis II y el sarcófago real.



Entrada a la tumba del faraón Seti II.

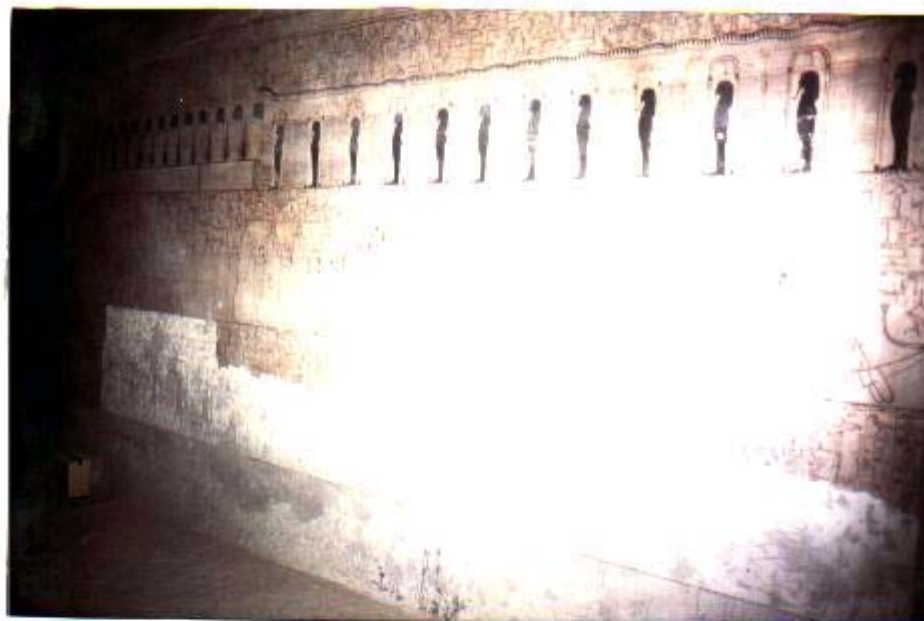


Tumba del Gral. Horemheb. El mismo presentándose ante los dioses.



Sarcófago real del Gral. Horemheb. Al fondo trabajos de restauración que no hablan de prontas soluciones.

Pág 11.



Las distintas etapas técnicas del basorrelieve.
(Gral. Horemheb).



la tumba de Ramsés III, para nosotros la más bella que se
conserva en el v. Oriental.

El Pueblo de Gurna

Todos los días al retornar, previamente tomábamos en la casa de los guardianes un reparador té con Ali.

Situación propicia para dialogar de diferentes temas, de los cuales no estaban exentos los cotidianos, junto a los anecdóticos.

Fue de esta manera que surgió la invitación a visitar su casa en el pueblo de Gurna y conocer a su familia, lo que nos pareció una brillante idea.

Luego de despedirnos nos retirábamos en nuestra bicicleta, lo que siempre es sumamente divertido y descansador, ya que como aprendimos la carretera al valle de los reyes es ascendente, y sin embargo la sensación óptica es contraria. (Quiere decir que cuando recorremos este camino hacia el valle en nuestra bicicleta, el gran esfuerzo realizado nos deja perplejos, al ver que otros al volver, en su supuesto ascenso lo hacen sin dar pedal y a muy buena velocidad).

Entendimos necesario ampliar nuestro informe relatando las experiencias vividas en la colina de Gurna, por ser increíble el caudal de información contenido en sus tumbas a través de sus pinturas, que marcan uno de los períodos de transformación más importantes del arte egipcio.

Dividiendo en dos este informe comenzaremos relatando nuestras experiencias con el amigo Ali en el pueblo, la cual a nuestro entender encierra en sí un mundo distinto al resto del valle tebano. En la actualidad, sus habitantes viven alrededor, casi dentro, de las tumbas de cientos de nobles de aquella época que salpican esta colina.

Muchas de estas tumbas son una auténtica exposición de la vida cotidiana del antiguo Egipto, que sin embargo aún hoy mantienen vigencia en relación a la vida actual de los habitantes del valle tebano como del resto del Egipto del siglo XX.

Observando la vida cotidiana de los contemporáneos anfitriones, notamos que en sus costumbres y en gran parte de las técnicas actuales de cultivo, riego, cosecha, arquitectura, siguen utilizando las mismas técnicas, herramientas y materiales que sus ancestros; sí bien cuentan con adelantos técnicos como bombas de agua, trilladoras, mezcladoras de cemento.

La vida de los habitantes de la colina parecería, para un extranjero común, transcurrir casi inadvertida, por la impresión que ésta da al ser visitada brevemente, enmarcada en una somnolienta estampa, sólo interrumpida por bulliciosos niños, guías y vendedores de artesanías.

Sin embargo en ella existe un gran tránsito de personas que van y vienen, cada una cumpliendo su función, incluso los más pequeños.

La parte social es activa, siendo más frecuentes las reuniones en las cuales sólo concurren hombres que las mixtas; los niños son tratados con paciencia y cariño, sin olvidar inculcarles sus obligaciones.

Un entierro en la colina es acompañado por familiares, como por el resto de sus habitantes. Para nosotros esta situación resulta extraña, ya que el mismo es acompañado por música con instrumentos de percusión.

Desde muy temprano comienza la actividad, yendo los mayores a cumplir con sus distintas tareas y los que quedan en casa a cuidar de ella como también de los más pequeños, animales, y demás detalles.

La tarea impostergable que por lo común la realizan las mujeres o los niños, es la de traer agua de los vertederos ubicados en la zona fértil del valle tebano.

Esta tarea es vital para los integrantes de la colina, ya que no existe el agua corriente, y en un lugar tan árido es obvia su importancia.

La misma se transporta de distintos maneras, tanto en tanques mayores, de 200 lts. en carros tirados por burros, como en pequeños bidones que cargan los niños.

Las mujeres de esta comunidad por religión y costumbre, utilizan túnicas negras cuando están fuera de sus casas, tapando vestidos muy coloridos, que sí usan dentro de ellas.

Sin embargo es muy raro ver alguna con el rostro tapado.

Contrariamente a lo que se cree de que son sumisas y sólo acatan órdenes de sus maridos, podemos afirmar que dentro del hogar ejercen una marcada autoridad, siendo la misma acatada sin significativas objeciones.

Pasen constantemente trabajando, atendiendo las infinitas tareas de su condición de amas de casa, lo cual sin embargo, queremos destacar, no les quita tiempo para transformarse en excelentes anfitrionas. Lo que es visto con beneplácito por el dueño de casa que sabe que está quedando muy bien con el visitante (o con el amigo en nuestro caso).

Alí, tiene una numerosa familia formada por su mujer, cuatro hijos, suegra y dos cuñados muy jóvenes.

Su casa, en relación a otras de la colina, es precaria y austera en materiales, pero nos alivemos a decir que no dista mucho de las que edificaban sus antepasados de igual condición social. El material empleado es básicamente adobe o arcilla del Nilo. Mampostería muy endeble de madera, creemos de palmera, y muebles livianos.

En contrapartida a lo precario del lugar existe electricidad y Ali tiene televisor blanco y negro y dos ventiladores de techo, uno en el dormitorio y otro en el comedor. Debido a que fuimos huéspedes por tres días en esta casa creíamos que comentar aspectos de la vivienda era entrometernos en la intimidad de un hogar amigo, pero a Ali no le incomodó la idea de que en algún momento en el afán de divulgar con criterio costumbres y detalles distantes, tomáramos como ejemplo su casa, ya que millones de hogares egipcios son iguales.

Una costumbre arraigada en los egipcios pueblerinos es una convivencia directa con los animales, tanto domésticos como perros y gatos, como con los de consumo, gallinas, palomas, patos, etc. Por lo tanto no es nada difícil hallar nidos de palomas dentro de la casa, o ver corretear polluelos dentro de la misma.

Al respecto podríamos decir que en Giza habíamos tenido una experiencia similar cuando fuimos a la casa de un camellero para organizar la excursión que nos llevaría a Saqqara.

Nos sorprendimos enormemente al ver que el camello contaba con un lugar privilegiado dentro de la casa.

En este caso, al igual que con Ali, es digno destacarlo, sentíamos la sincera amistad de este camellero, que por mucho nos hizo olvidar que tomábamos té junto al (camello) principal motivo del sustento de su numerosa familia.

En el pueblo de Gurna al igual que en todo el territorio egipcio los momentos vibrantes de cada jornada son a la hora de los tradicionales rezos musulmanes.

Costumbre al principio muy extraña para nosotros, ya que el mismo llamado es formulado por altoparlantes.

El rezo de la mañana, antes del amanecer, y el de la noche, al atardecer cuando se oculta el sol, son oídos claramente, debido a que los ruidos a esas horas tienden a apaciguarse.

Queremos destacar en particular los atardeceres de la colina. Después del rezo, los niños, las aves, las luces que comienzan a encenderse en la orilla oriental con sus hoteles de occidentales costumbres (de las cuales obviamente somos parte), junto al titilar de las estrellas y al froscor placentero de la noche, parecerían recrear mágicamente la mejor ilusión de aquel poeta que creía en la unidad de la fantasía y su perenne alegría, con la verdad y realidad de los hechos.

Merced a este entorno, debido a la hospitalidad de estos hombres surgieron muchas veces anécdotas de infinitas excavaciones y experiencias, tomando té y fumando shisha (la típica pipa árabe).

Nosotros queríamos hacer un desahogado reconocimiento de las tumbas de la colina, no limitándonos solamente a las deslumbrantes ya conocidas por todos, sino también a aquellas que por lo común son visitadas por casualidad, y más aún, no son tenidas en cuenta debido a su ubicación.

Sustentaba nuestro reconocimiento el entender que estas tumbas, a pesar de contar con un registro, que no conforma por no tener un aval histórico detallado, ya que se limitan solamente a brindar un número en la mayoría de los casos, pueden aún brindar importantes datos si fueran tenidas en cuenta encarando limpiezas técnicas.

Por fortuna vimos avalada nuestra teoría en más de una oportunidad, lo cual referiremos más tarde.

El hijo mayor de Ali, de 16 años, llamado Mohamed, un joven vivaz con conocimientos de inglés y curso de enseñanza media, sumado a una particular astucia en el trato con extranjeros, se mostró interesado en nuestros propósitos de estadía en su hogar y con el permiso de Ali su padre, convenimos en que Mohamed sería nuestra compañía en nuestros reconocimientos.

Si bien las tumbas del valle de los reyes por sus dimensiones, motivos, colores y el nombre de sus destinatarios, han fascinado a todo aquel que las ha visitado, no sería justo dejar de mencionar la de los nobles que salpican esta colina, muchas de las cuales se encuentran en un estado increíble de conservación.

Las mismas, en sus paredes, y en forma por demás magistral, muestran escenas coloridas de lo que sucedía hace más de tres mil años en el valle fértil.

Estas obras de arte transmiten un increíble humanismo, tanto en su temática, como en su celo por detallar los componentes y protagonistas.

Llegando incluso a dibujar, por ejemplo en la tumba no 69 del escriba Menenu, Nuevo Imperio, detalles como el trabajo agrícola en referencia al trigo. Siembra, cosecha, la medición de los campos y el pesaje de la producción. Todo dibujado con deleitanto y sencilla expresividad, y tan agudo su mensaje que cuesta creer que el artista se de el tiempo y el espacio en la obra como para dibujar a un hombre sentado bajo un árbol en actitud de descanso por la agotadora tarea. Dos niños robando, o peleando por los granos que caen de los sacos, una mujer sentada con un niño en la espalda y otro en su vientre desempeñando tareas menos pesadas que el resto.

En la sala central de la tumba vemos a Menenu cazando en los pantanos con bumerang, acompañado de su familia en lo que es una escena típica en las tumbas pertenecientes a los nobles (pero no exclusiva de esta dinastía).

Deteniéndonos a observar la escena, comprendemos su fértil contenido, que no sólo se limita a mostrarnos a Menes cazando, sino una variada fauna de aves, tórtolas, ánades rabudos, langostas, mariposas, peces y también una variada flora: papiros, lotos en flor, y detalles como nidos de aves en las plantas y gatos del pantano tratando de robar los huevos que éstos contienen.

Otra escena particularmente increíble es ver a los remeros de un barco, cumpliendo su función, y uno de ellos inclinado sobre el bote extrayendo agua del río en un recipiente, seguramente acosado por la sed.

También se planteaba en forma clara las diferencias de clase: podemos observar en esta tumba, al escriba frente a sumisos empleados que son obligados a rendir reverencias o a ser azotados ante su presencia por las faltas cometidas.

En la tumba N°52, perteneciente a Anajt, un alto funcionario y astrónomo durante el reinado de Tutmosis IV, podemos observar un detallado proceso de la producción de variados alimentos, destacándose la facturación del vino, donde hombres pisan la uva dentro de una pileta, que después de trasegado se guardaba en jarras.

Sistema que se emplea aún en muchos lugares del mundo, dando por resultado excelentes vinos.

Es en esta tumba donde encontramos a las famosas y deleitantes bailarinas, quienes con sugestivo poco vestir y portando un arpa, parecerían, con su frescor a pesar de los siglos, dejarnos oír las notas cadenciosas de sus instrumentos. En esta tumba parecería que se deseaba dejar de manifiesto muy especialmente, la gracia y belleza femenina, mediante un sutil erotismo no exento de refinamiento, en distintas escenas del harén.

Nos extendemos en estos comentarios para destacar la tumba n°96, perteneciente a un particular, poderoso gobernador de Tebas en la época de Amenofis II, la cual nos muestra en forma por demás ilustrativa, el lujo del entierro sumamente costoso perteneciente a un noble.

Tumba que a pesar de su diferencia de tamaño y temática, mucho nos recuerda a algunas de las faraónicas, que después de un corredor, una antesala, nos conducen a la sala principal o del sarcófago. El esplendor de sus pinturas, destacando a Senefer recibiendo ofrendas de cada una de sus tres esposas, como él mismo, ataviado con prendas sacerdotales desempeñando tareas de culto. Esto sumado al peculiar detalle del techo irregular, el cual representa una parra cargada de uvas.

Queremos volver a destacar un detalle meramente artístico de la obra: mucho nos asombramos al apreciar en un vértice del techo pintado un nido con su ave y sus huevos, detalle por demás vivificante rompiendo el artista armoniosamente la homogeneidad de la parra, sumado a la genial idea de explotar la mencionada irregularidad del techo.

Detalles de estas tumbas pertenecientes la mayoría a la XVIII dinastía, con vivos colores, muestras de facturación artesanales, industriales, laborales y cotidianas, nos hablan de una gran variedad iconográfica como de grandes principios de libertad artística.

Y comprendemos al ya mencionado Wilkinson y su pasión por las tumbas de estos valles, el cual mediante su dedicación y agudo criterio le permitió el logro de sus espléndidos trabajos.

El primer día partimos con Mohamed a recorrer las tumbas desperdigadas a lo largo del acantilado tebano, muchas de las cuales se encuentran ocultas en las irregularidades de la misma colina, y otras no pueden apreciar a simple vista.

En nuestra primera visita a Egipto, al conocer y recorrer los caminos situados sobre el acantilado de esta colina que une los distintos valles (el de los Reyes, el de las Reinas, el de los artífices y otros) observamos las entradas de infinidad de tumbas, muchas de las cuales, como dijimos, se encuentran semi-tapadas con arena; y nos pareció en esa oportunidad que podría significar una experiencia particularmente interesante poder visitarlas con tiempo, debido a la soledad que las rodea y estando nuestros ojos más acostumbrados a los pequeños detalles, estábamos convencidos que más de un dato podríamos extraer de ellas.

No fue hasta la segunda vez que visitamos Egipto que pudimos concretar esta visita.

Munidos de nuestro equipo: buenas botas, sombrero, agua naranjas; dos linternas, una grande y otra pequeña de bolsillo y en el bolsillo, el equipo de fotografía y una muy buena dosis de entusiasmo, partimos el primer día con Mohamed.

Visitamos en forma primaria las de la ladera Este del propio pueblo, y que se enfrentan a la muralla de la colina formándose de esta manera un pequeño pero ardiente valle entre ellas.

Para nuestro personal regocijo vimos confirmado en estas primeras tumbas lo que durante tres años habíamos creído: la primera impresión que un desprevenido visitante puede sentir en el interior de cualquiera de ellas, es que se encuentra en una cueva de formación más o menos natural, en las cuales el hombre participó solamente para amoldar sus formas.

Sin embargo para nosotros resultó la realidad estremecedora y escalofriante al analizar el por qué de sus aspectos actuales: casi la totalidad de las tumbas que circundan estas laderas presentan sus paredes notoriamente cinceladas, existiendo por ahora claros vestigios del estuco que las cubría.

Y estos vestigios son escasos, casi inexistentes, en relación a la magnitud y cantidad de tumbas que hay en el lugar.

Sin embargo en escasas oportunidades vimos como en agónico mensaje, que se conservan fragmentariamente restos del estuco y sus pinturas, reveladoras para nuestro desconsuelo de un perdido esplendor y despliegue de expresividad.

Cascadas de información referente a sus propietarios y a actividades generales de su entorno que, como hemos comentado de otras con mayor y mejor fortuna, involucran anónimos pero no menos importantes protagonistas de un pasado lejano en el tiempo, pero que por capricho de la naturaleza, podemos hoy en día aplicar a la vida actual de Egipto.

También encontramos, para nuestro asombro, restos de granito rosa de Asuán, pulido excepcionalmente, con jeroglíficos que nos hablan de un pasado esplendor difícil hoy en día de imaginar.

Al segundo día de nuestra estadía en el pueblo, se plegó voluntariamente Hassan, para acompañarnos en nuestros trabajos, quien era amigo y vecino de Mohamed.

Particular interés teníamos en conocer la entrada de la tumba que guardó celosamente durante milenios cuarenta momias, muchas de las cuales pertenecían a faraones descolantes, como Tutmosis III, Seti I, Ramsés II y otros.

Mohamed y Hassan nos explicaron que a pesar de verla sería imposible visitarla, por encontrarse en un lugar cerrado y de difícil acceso.

Nosotros convenimos que era importante de igual manera conocer por lo menos su entrada, dada la magnitud de su importancia; ante lo cual y para nuestra sorpresa, los jóvenes nos propusieron conocer también otros lugares, donde según sus versiones, existirían restos de momias de épocas muy antiguas.

Entendimos que la propuesta era seductora.

Como ya hemos comentado, lo precario de nuestro equipo técnico para encarar incursiones en tumbas, pozos o escalamientos, nos llamaba a la prudencia, máxime en lugares no frecuentados, visitados ocasionalmente.

Sin embargo al contar con la compañía de Mohamed y Hassan, nuestro interés por llegar a estas tumbas poco visitadas, en estado de abandono, robustecían nuestra confianza, alimentando ferozmente nuestra curiosidad.

Para Hassan y Mohamed caminar por las laderas y penetrar en las tumbas no presentaba mayor expectativa que la de conocer o volver a ver sitios que forman parte de su hábitat, y que a escasos dos kilómetros del hogar están siempre a su alcance.

Se suma a esta situación que no son estudiantes de egiptología, y viven hasta el momento su adolescencia, procurando ganarse la vida como comerciantes, guías y a veces como peones, en épocas zafrales, tratando de llegar a ganarse un lugar en la sociedad de su pueblo.

Luego de conocer la hoy tapada entrada del escondite de las momias reales, nos dirigimos a las tumbas ubicadas en la ladera este del pueblo y en esta oportunidad fue donde pudimos comprobar que el natural golpe de vista de los lugareños dista mucho del nuestro, a pesar de nuestros conocimientos.

Cuando llegamos a la entrada de una tumba ubicada en una ladera con no menos de veinte metros de altura, donde la arena se presentaba floja, Hassan vio fragmentos de cerámica azul e inmediatamente llamó nuestra atención.

Increíblemente vivimos la experiencia de que hurgando la arena encontráramos eslabones de collares muy fragmentarios pero claramente identificables.

También nos arriesgamos a decir que el fragmento de cerámica azul visto por Hassan podría pertenecer a un ushabti.

Estos acontecimientos, como estudiantes de egiptología, afirman lo maravilloso de la materia, enfrentándonos muchas veces a situaciones inesperadas en lo que a tareas in situ se refiere. Siendo muchas veces difícil mantener una compostura acorde a un estudiante, como en este caso que nos enfrentábamos al posible encuentro de restos momificados.

Esta tumba, a pesar de su ubicación, contaba con dos corredores paralelos y una sala a la entrada.

Sus paredes, al igual que las anteriores, eran sin revestimiento y sin vestigios de estuco, lo cual sumado a las aristas de las aberturas muy toscas, nos hacen pensar que se trataba de una tumba sin terminar; difícil de establecer si llegó a albergar a su destinatario original u otro tipo de enterramiento.

Al disponernos a entrar en uno de los corredores nos dimos cuenta que nuestra linterna no era suficiente para poder desplazarnos con seguridad, decidimos por lo tanto, en medida no muy ortodoxa, fabricar antorchas pequeñas con un diario que llevábamos en la mochila.

Los murciélagos, habitantes naturales de estos lugares, no vieron con buenos ojos nuestra llegada y decidieron partir, dejándonos solos.

Mohamed abrió la marcha con una antorcha, nosotros íbamos al medio, a menos de dos metros y a la misma distancia Hassan cerraba la fila.

Al partir los murciélagos, el silencio se hizo sentir. Doblamos primero a la izquierda y luego a la derecha en descendente corredor.

El tener que encender las antorchas cada dos minutos aproximadamente nos daba una sensación de ansiedad difícil de narrar, ya que la luz de la linterna era precaria para el lugar en el cual nos encontrábamos.

Ya en un declive no muy pronunciado y después de haber recorrido unos 20 metros, llegamos al lugar que buscábamos: el escondite de restos momificados, una cavidad tosca, sin ningún tipo de terminación.

Como estudiantes y novatos en experiencias de campo, a pesar de los meses vividos en Egipto, la sensación en un principio fue dramática. El ver el revoltijo de esos restos mezclados con trozos de mortaja reseca en un lugar apartado, nos hacen comprender muchos de los relatos de los pioneros, que leíamos a tanta distancia, cómodos, sin lograr percibir en nuestra piel la emoción del instante solenne de descubrir lo que se buscaba.

Sin embargo, pese a la emoción, no podemos apartarnos del real y feroz drama de la escena, al meditar sobre el dudichado destino de estas momias que fueron preparadas con la ilusión de abrazar la eternidad, y hoy sobreviven, por llamarlo de alguna manera, en un revoltijo de restos dignos de lástima.

Mohamed sabía que teníamos interés en las telas de los vendajes, y ya habíamos hablado que en semejante alboroto, podría existir la posibilidad de encontrarse algún objeto de singular importancia, por lo cual en forma decidida hurgé los restos sin mayor fortuna que la de ver extremidades muy bien conservadas.

Estuvo largo rato buscando, hasta que, casi con sentimiento de culpa por no haber encontrado nada destacado, nos ofreció una mano muy bien conservada que se encontraba entre los restos.

En sus ojos, iluminados por la antorcha y el encendedor, vimos no sólo piedad por estos restos, sino temor a defraudarnos. Nada más alejado de la realidad, ya que gracias a su colaboración llevábamos adelante un proyecto para nosotros muy importante.

Frente al ofrecimiento de este resto momificado, sentimos piedad y comprendimos la situación del que la ofrecía, pero resolvimos que no era correcto conservarlo, porque entendimos que al fin y al cabo estábamos allí por iniciativa propia, no oficializada como incursión.

Y a pesar de que esos restos podrían llegar a aportar algún dato científico en manos de especialistas, la carencia de identificación y encuadre dentro de un preciso período (a pesar de que sabemos que es posible mediante la prueba del carbono), haría que apropiarnos de ellos sólo nos convertiría en coleccionistas de despojos, no habiendo sido jamás nuestro deseo y propósito.

— — — — — 0 — — — — —



Enmarcada en una somnolienta estampa, sin embargo existe un gran tránsito de personas que van y vienen.



La tarea impostergable que por lo común la realizan los niños, es la de traer agua de los vertederos.

Pág 22.



A Alf no le incomodó la idea de que en algún momento en el afán de divulgar con criterio costumbres y detalles distantes, tomáramos como ejemplo su casa, ya que millones de hogares egipcios son iguales.



Encontramos, para nuestro asombro, restos de granito rosa de Asuán y restos de estuco con vestigios de policromía.



El tener que encender las antorchas cada dos minutos aproximadamente nos daba una sensación de ansiedad difícil de narrar.

Pág 24.

-III-

La Colina Tebana

Recogimos muestras de mortajas y procuramos que las mismas fueran de distinto tejido e incluso de distintas momias, a efectos de comparar su elaboración en lo que a trama y calidad se refiere; esto sin dejar de pensar en cuál sería el fin de estos restos.

Ya fuera de esta tumba y luego de ver con verdadero agrado el sol, entramos en otras pequeñas (sin nada especial para destacar) decidiendo que al día siguiente visitaríamos las de la muralla de la misma colina oeste que enfrenta al pueblo, luego escalaríamos la colina tebana hasta su cima.

Proyecto que alimentaba la idea de observar el valle tebano en toda su dimensión, junto a sus complejos funerarios, templos, valles reales y la franja fértil, regada por su benefactor el Río Nilo.

Mohamed, que demostraba madurez y franco interés en nuestro trabajo, por compromisos personales no pudo acompañarnos ese día. Como la jornada iba a ser extensa y dura, partimos muy temprano a la mañana.

Al visitar primero las tumbas elegidas, para nuestra sorpresa vimos que eran mucho más grandes de lo esperado.

Queremos destacar dos aspectos interesantes: una de ellas, en uno de sus corredores y un forma superficial guardaba dos enterramientos que a simple vista permitían ver los restos que ahí se encontraban.

Estos restos carecían de vestimenta o amortajamiento alguno; en un principio creíamos estar delante de entierros tan antiguos como podrían llegar a ser las tumbas, pero en una detenida observación vimos que ni siquiera habían tratado de ocultar la sepultura, tapando los restos con tierra y rodeándolos (a la actual usanza de los lugareños) con piedras como formando un collar. La carencia de mortajas, nos llevó a suponer que estos enterramientos pudieron haber sido efectuados en épocas relativamente cercanas.

Creemos que se escogió este sitio por encontrarse en un lugar apartado, y porque se creyó que estas tumbas ya no le importarían a nadie, a excepción de los murciélagos (en realidad parecen simples cuevas); así sus muertos descansarían en paz; cosa que evidentemente no ocurrió a juzgar por el desorden de huesos que encontramos.

En otra tumba la sensación fue más impresionante aún, ya que nos esperaban restos momificados desnudos y en muy mal estado, de dos personas, con restos de mortajas a su alrededor. También aquí encontramos trozos de madera, difícil para nosotros poder determinar si las mismas podrían llegar a tener alguna relación con los restos que mencionábamos.

Estos trozos carecían de cualquier tipo de identificación, así como de forma, como para que pudiéramos especular y emitir una opinión al respecto.

Concluyendo estas visitas nos volvimos a encontrar con fragmentos de restos humanos en muy buen estado de conservación, así como algún que otro trozo de cerámica; y en más de una oportunidad con granito rosa pulido, algún fugaz grabado, trozos de estuco con restos de policromía pertenecientes a las tumbas que visitamos.

Queremos destacar que éstas no cuentan en la actualidad con ningún tipo de señal visible que nos pudiera aportar algún dato, o señal de haber sido estudiada en algún momento o clasificada. Entendemos que existiendo tales estudios o clasificaciones, es realmente penoso que no estén señaladas.

La idea que alentó este proyecto durante 3 años, de recorrer y visitar estas tumbas no mencionadas e inhóspitas por su ubicación, era precisamente la especulación de que las mismas se encontraban semi-exploradas y a pesar de no contar con tesoros materiales, sí podrían aportar información, como lo confirmamos in situ.

Sabemos que hoy en día el avance de la arqueología, unido a la informática ha desarrollado sus técnicas de estudio de tal forma que hasta un pequeño trozo de cerámica puede llegar a aportar importantes datos; el cual en el pasado hubiera resultado intrascendente, sumado a que hoy las expediciones están conformadas por auténticos profesionales, quedando atrás aquellos buscadores de tesoros.

Estos lugares han sido arrasados, despojados, en demanda de una voraz necesidad de conseguir ilustraciones, objetos, momias, cualquier artículo comerciable que pudiera aportar un prestigio impuesto por la moda (del siglo pasado y parte del nuestro).

Por fortuna y merced al fantástico y esforzado trabajo de Champollión en el siglo pasado, hombres de aguda sensibilidad tuvieron la oportunidad de leer el verdadero mensaje, que hasta ese momento había sido mera interpretación, de una civilización tan humana como ellos mismos.

Aquéllos; amantes de la música, el arte, el buen comer, con una cascada de personajes como obreros, artistas, nobles, abandonaban en ese momento su mutismo de milenios, y establecían comunicación con los hombres modernos. Cautivando de esa forma a los estudiosos de la cultura en general y haciéndoles comprender que era imprescindible preservar lo descubierto para su apasionante e inagotable estudio.

En incontables oportunidades habíamos cruzado los caminos que unen los distintos valles agrupados en torno a la colina Tebana, estos caminos son visibles desde la orilla oriental.

Si es un día claro, la vista que se puede apreciar desde esos caminos es fascinante, por el conjunto de elementos que agrupa.

Por un lado los yacimientos que han sido motivo de infinitas visitas y peregrinaciones a través de milenios.

Por otro, rodeando aquellos, los contemporáneos habitantes, sus hogares, caminos asfaltados para agilizar el tránsito de buses repletos de turistas; la breve franja fértil del territorio dividida por su eterno benefactor el Río Nilo.

Nos permite apreciar desde ese punto lo grande de la historia de este país y su gente que rodeados por el desierto, ha sabido mantener vigencia y protagonismo de distintas formas e intensidad a lo largo de la misma historia de la humanidad.

Nosotros queríamos llegar al punto más alto de la colina por entender que desde ese lugar la vista sería inmejorable.

La experiencia para nosotros valía la pena, como culminación de un verdadero recorrido de la zona.

Fue así que comenzamos a subir la colina, lentamente; si bien no es necesario trepar en ningún lado del camino salvo muy próximo a la cima, el ascenso se debe efectuar con precaución.

El calor es intenso y el esfuerzo para subir es notorio, sumado a que un resbalón puede llegar a ser extremadamente peligroso por la proximidad de los acantilados.

Cuando por fin llegamos a la cima, la visión es inolvidable; el mosaico abierto más grande del mundo cubría los cuatro puntos cardinales. Para el este los colosos de Memnón y los templos de Ramsés II y Ramsés III. Para el sur el valle de las Reinas, para el norte el templo de Seti I y la Reina Hatchepsut y para el oeste perfectamente visibles los valles oriental y occidental divididos por la pequeña colina que los separa.

Entendimos propicia la oportunidad para recorrer parte de la cima procurando encontrar algún indicio o señal del periodo faraónico, en este sentido nuestra búsqueda fue infructuosa.

Sin embargo encontramos claros indicios de alguna reciente visita a la cima, de personas ajenas al lugar, cáscaras de naranja huellas de botas como las que nosotros mismos teníamos y cenizas de una pequeña fogata nos demostraban que probablemente, al igual que nosotros decidieron contemplar el inigualable espectáculo que desde ahí se puede apreciar. Cuando decimos personas ajenas al lugar nos basamos en que ningún lugareño usa ese tipo de calzado y es popular en algunos lugares de Egipto para los extranjeros, esperar el atardecer pasar la noche y recibir el amanecer.

La meca de esta costumbre es en la cima del monte de Santa Catalina de dos mil seiscientos metros de altura, en la península del Sinaí donde es normal tanto en primavera o verano encontrar al atardecer personas de todas partes del mundo agrupadas sin previa cita esperando vivir la aventura de pasar la noche en tan peculiar lugar.

Después de pasar largo rato observando desde el punto más alto de la antigua Tebas, el espectáculo mencionado sin dejar de extasiarnos entendimos que ya era el momento de comenzar el descenso, como también despedirnos de nuestro amigo Ali.

----- 0 -----



Desde la cima el museo abierto más grande del mundo, se presentaba ante nuestros ojos. Para el oeste perfectamente visibles los valles oriental y occidental divididos por la pequeña colina que los separa.

La Fuente del Nilo

Nosotros debíamos volver al Cairo ya que teníamos boleto aéreo para Nairobi capital de Kenya. Queríamos conocer el lago Victoria, donde nace el Nilo Blanco el cual luego recibe las aguas del Nilo Azul proveniente de Etiopía para viajar hacia el norte cruzando el Sudán y Egipto llegando al Mediterráneo.

Al respecto y en virtud que en referencia a este tema son diversas las opiniones, nosotros damos crédito al inglés John Hanning Speke quien en 1862 llegó hasta las fuentes del Nilo Blanco. Quedó documentado en aquel entonces el punto donde el río sale del lago, esto es en las cascadas Ripon en Uganda; las cuales en la actualidad han quedado sumergidas bajo las aguas de una presa hidroeléctrica. Nosotros entendemos que si bien es intrincado este tema; el lago obviamente recibe afluentes en su lecho dándole un caudal increíble de agua, pero la salida del Nilo Blanco es como ya lo mencionamos una sola y ésta es desde el Lago Victoria.

También queríamos desde siempre sentir el encuentro con la naturaleza para nosotros en una de sus últimas auténticas manifestaciones. Como conocíamos la desembocadura en el Mediterráneo del Nilo Egipcio en Alejandría, nos alentaba el conocer dónde comenzaba su largo viaje este río venerado y caprichoso, arteria vital de los pueblos que han vivido por siempre en las áridas arenas del desierto.

Debemos recordar que hace miles de años el aspecto geográfico del actual Egipto fue totalmente distinto al que hoy conocemos. Incluso el actual lecho del Nilo Egipcio ha cambiado en forma constante en nuestra propia era, uno de sus más dramáticos cambios ha sido a raíz de la gigantesca represa de Asuán la cual Egipto debió construir para el bienestar de su gente.

Nuestra experiencia en estas tierras fue por lejos inigualable. Durante veinte días participamos de un safari que nos llevaría a conocer las principales reservas naturales de Kenya, donde durmiendo en carpa (la mayoría de las veces) esperábamos la noche después de haber visto y fotografiado excelentes ejemplares de la fauna libres y soberanos en su tierra. El sutil antilope, la esbelta jirafa, la indomable cebra, el veloz guepardo, el majestuoso elefante, reptiles, pájaros, lagos poblados por miles de pelícanos y flamencos que parecerían querer demostrar que la naturaleza ha querido pintar en los colores de sus pieles y plumas, tonos y trazos como para que cualquier artista llegue a delirar tratando de imitarla.

Como varias veces rodeados de monos amigables observándonos, tal vez pensando cómo iban a hacer para robarnos algo, lo cual para ellos es innato en su curiosidad y pensando que lo que toman es comida pueden llegar ante cualquier descuido llevarse lo primero que encuentran a su alcance.

Las artesanías en madera, son imposibles dejar de admirar, máscaras, estatuillas con forma de hombres o animales, muebles etc; todas realizadas con magistral destreza.

La convivencia con los indios Masái en sus aldeas conociendo parte de su forma de vida y costumbres frente a la sencilla forma de vivir que llevan, nos hizo meditar sobre nuestra propia forma de vida, rodeada de artículos que transforman dependiente nuestra propia existencia.

Cuando salimos de la reservación de Nakuru, para por fin dirigirnos al gran lago, nuestra expectativa había crecido enormemente; nuestro guía lo llamaba el gran mar y luego de ver paisajes difíciles de transmitir por su belleza no nos podíamos imaginar lo que veríamos al llegar.

La ciudad de Kisumu comparte hacia el norte el lago con Uganda y hacia el sur con Tanzania. Hoy es una ciudad de regular importancia a pesar de contar con puerto y aeropuerto. Habiendo sido su pasado no muy lejano en el tiempo de gran brillo y dinamismo.

Hoy la historia es distinta, el agua corriente no es fluida; por no ser una ciudad frecuentada por turistas no es conveniente andar separado del resto del grupo, con el que uno pueda andar.

Estos y algunos otros detalles, no pudieron empañar la emoción que sentimos al llegar al Lago Victoria.

Conocer la fuente del impetuoso Río Nilo y ver donde comienza su caprichoso viaje llevando en su aguas fertilidad, esperanza y vida, podemos decir nos colmó de alegría.

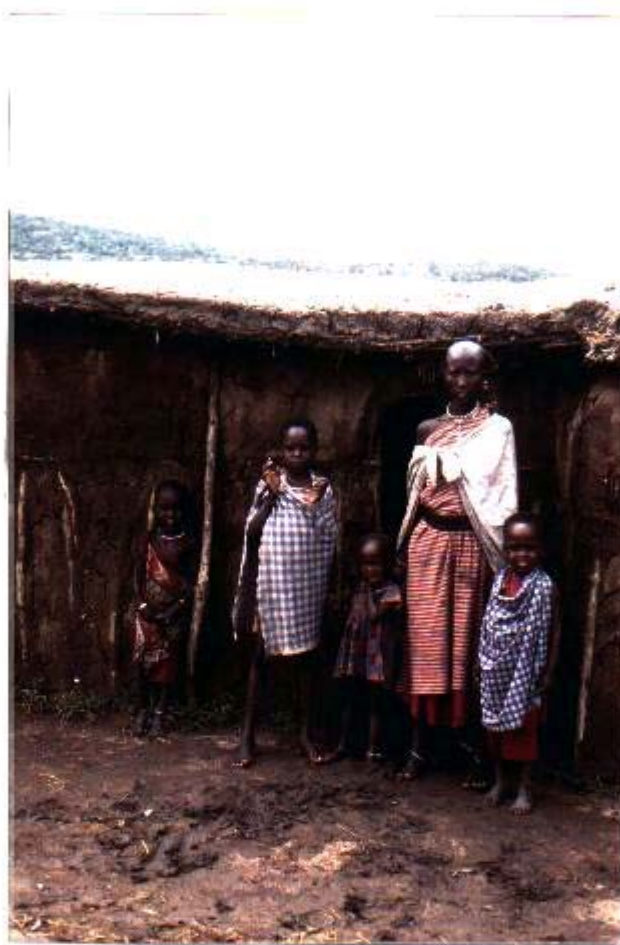
Nuestro esfuerzo y tiempo de sueños por llegar, se vieron plenamente justificados. Sólo por instinto más que por prudencia no nos sumergimos en sus aguas a nadar en un arrebatado de felicidad.

Sabíamos que en el punto donde nos encontrábamos del lago, era sólo una pequeña parte de su superficie; lo que veíamos.

De todas formas en las jornadas que vivimos junto a él, navegándolo cautivándonos con su fauna y flora; sentimos su inmensurable caudal.

Reconociéndole y recordándole para siempre como la fuente del Río Nilo.

.. - - - - 0 - - - -



La convivencia con los **nativos** Masai en sus aldeas nos hizo meditar sobre nuestra forma de vivir.



Sabíamos que en el punto donde nos encontrábamos, era sólo una pequeña parte de su superficie.



Sólo por instinto más que por prudencia no nos sumergimos en sus aguas a nadar en un arrebato de felicidad.

Pág 32.

-IV-

Dr. Richard Wilkinson

Cuando llegamos al Cairo nos alojamos como siempre en el que antaño fuera uno de los hoteles más populares para quienes visitaban la ciudad. El Balmoral, en el barrio Zamalek, que hoy en día agrupa la mayoría de las embajadas, así como campos deportivos, bares y restaurantes suntuosos, que hablan de un Cairo moderno y occidentalizado sin dejar de lado su identidad.

Hoy en día este hotel es popular por su ubicación como por sus precios, los cuales son seductores para estudiantes y aventureros sin mayores exigencias que la de una cama limpia y una ducha caliente.

Por eso es frecuentado por una gama de personajes increíbles de todas partes del mundo, tanto como del propio Egipto, y que brinda una excelente oportunidad de conocer personajes que forman hoy, parte del capital de nuestra memoria.

En este entorno, luego de alojados, tratamos incontables veces de comunicarnos con Ali, para saber si aún estábamos a tiempo de llegar a formar parte de la expedición que nos había mencionado.

Contábamos con poco tiempo para los traslados, pero cualquier intento valía la pena. Por fortuna logramos la comunicación, y para nuestra enorme alegría, Ali nos comunicó en su peculiar inglés, que estaban trabajando en el valle de los monos y que nos esperaban.

Inmediatamente, luego de comprar boleto en la estación Ramsés II, nos trasladamos a Luxor para, después de alojados, entrar en contacto con Ali y su familia, para conocer las novedades y contarles por supuesto nuestra "conquista" de la fuente de su amado Nilo.

Inmejorables noticias nos esperaban, ya que la expedición se encontraba en plena excavación y Ali nos aseguró que nuestra presencia sería bien recibida.

Al día siguiente, luego de cruzar como siempre, el Nilo en la barca popular, nos encaminamos directamente al valle de los monos, donde nos esperaba Ali muy impaciente.

Los técnicos ya habían llegado y él debía llevar el agua caliente para el té que tomarían los nativos. Nuestro temor era principalmente que nuestra presencia no fuera bien recibida; pero por fortuna al llegar al campamento nos dimos cuenta que nos esperaban con sumo agrado, y vale la pena acotarlo, con gran curiosidad por tratarse de un estudiante de egiptología de un país tan lejano.

Pág 33.

El primero en recibirnos fue el Dr. Shaden, y el estudiante Tim Heile, profesor y estudiante, miembros respectivamente de la Universidad de Arizona.

Luego de haber presentado nuestros documentos, el Dr. Shaden no pudo contener su curiosidad y nos preguntó cuál era el motivo de nuestra presencia en el valle en el mes anterior cuando era un anilitario lugar. Nos limitamos a expresar que entendíamos que por su soledad y natural estado de conservación, era un lugar ideal para recorrer y conocer a fondo, teniendo en cuenta que el mismo se encuentra semi-explorado nos brinda la oportunidad de sentirnos protagonistas de su historia.

La idea agradó al Dr. y presuroso pasó a contarnos el motivo de la presencia de esa misión en el valle.

La misma era de reconocimiento del lugar, como la del sondeo de la zona que enfrenta la tumba del faraón Ay, mostrándonos brevemente las semisurgentes estructuras de posibles viviendas o depósitos, ubicadas en un estrato aproximado de un metro de la superficie.

Y para nuestra sorpresa, la apertura de la tumba del faraón Ay. Allí observarían el estado de sus pinturas y demás componentes del interior.

El Dr. Shaden se disculpó ese día, de no poder admitir abiertamente nuestra presencia en el yacimiento debido a que el director de la excavación y el veedor egipcio no se encontraban ese día allí, sino que cumplían otros compromisos en Luxor. Amablemente nos invitó a concurrir al día siguiente a las 8 AM.

Con puntualidad inglesa al día siguiente nos presentamos en el valle donde se encontraban los americanos.

El Dr. Shaden haciendo gala de su amabilidad se apresuró a recibirnos y presentarnos al director del grupo, el Dr. Richard Wilkinson; nombre que no hubiéramos siquiera imaginado poder encontrar en el valle. El Director es egiptólogo, vive en Tucson y pertenece también a la universidad de Arizona. El Dr. Shaden le había comentado de nuestra presencia, y Wilkinson, joven pero seguro y decidido le explicó al veedor egipcio que éramos estudiantes con documentos oficiales y acertadamente hizo hincapié en que era una inigualable oportunidad de intercambio cultural.

El celoso arqueólogo egipcio después de oír a Wilkinson admitió nuestra presencia en la excavación, con la condición de no sacar fotos en el interior de las tumbas, dándonos sí la libertad de hacerlo en el resto del yacimiento, y de movernos libremente.

El horario de trabajo en el campamento era de 8 a 12 del mediodía, deteniendo media hora los obreros egipcios sus labores a las diez de la mañana para beber su infaltable shai (té). Una rústica mesa de campo frente a la tumba desconocida que se encuentra a 30 metros aproximadamente de la del faraón Ay, oficiaba de punto de concentración.

Ubicada a nuestro entender en un lugar inmejorable, ya que desde ahí se podía observar el desplazamiento de todo el campamento y a la totalidad de los obreros, quienes han sido, justo es decirlo, los anónimos ejecutores de la mayoría de los grandes descubrimientos y trabajos arqueológicos. Su jerarquía está basada en la edad y por lo tanto en la mayor experiencia en trabajos arqueológicos.

Hoy en día la mano de obra de estos nativos continúa siendo muy barata y fácil de conseguir, inigualable en varios aspectos: soportan el calor naturalmente, tienen una habilidad innata para encontrar trozos de objetos importantes, descubriéndolos en medio de la tierra y la arena, cualidades difíciles de ser superadas. Y sobre todo la paciencia y tranquilidad que demuestran, trabajando al rayo del sol, reconstruyendo hábilmente vasijas, muros, escarbando y cerniendo la tierra, lo cual a los occidentales nos puede llegar a poner muy nerviosos, acostumbrados a vivir cronometrados.

El resultado de esa paciencia por lejos gratifica algún tipo de aprensión que haya podido sentir el director del campamento viendo su tiempo pasar tan lentamente.

Los obreros mayores, y en general más experimentados, son los inmediatos colaboradores de los arqueólogos, siendo quienes reconstruyen las piezas encontradas en fragmentos.

Los más jóvenes en cambio, ejecutan los trabajos más incómodos y pesados, como cernir la tierra, cargar los tachos, o tirar los escombros lejos de la zona de trabajo en un lugar determinado.

Apreciamos en este equipo de trabajo, que se le daba poca importancia a esta tarea, siendo tirados los escombros casi en el mismo lugar de la extracción, lo cual no nos parece prudente.

Ya que en el caso de querer ver limpio y ordenado sistemáticamente el perímetro de la excavación, se corre el riesgo involuntaria e innecesariamente de cubrir zonas o capas sin explorar, que incluso podrían pasar inadvertidas a posteriores excavaciones. Como ejemplo, que no sabemos cómo calificar acertadamente, basta mencionar el hallazgo de la tumba de Tutankamón, la cual milagrosamente logró sortear los embates de los ladrones, quedando olvidada, o perdida en un estrato del valle oriental inferior al de muchas tumbas que hoy en día sabemos se encuentran en un nivel superior (claro ejemplo es la de su lejano sucesor Ramsés VI, ubicada casi encima de su puerta de acceso).

Como también sabemos que se han perdido irremediablemente otras peculiares, con las cuales no se tomaron las debidas precauciones, y hoy son nada más que leyendas recibidas de aquellas primeras excavaciones y visitas muy lejanas en el tiempo, pero débilmente registradas.

Por eso entendemos que en este campamento se cometía un error evitable, a nuestro entender.

La forma de trabajar de estos hombres es voluntariosa y ordenada, siempre y cuando se les mantenga discreta pero continuamente vigilados.

Es muy común que estos hombres posean pequeñas antigüedades, como ushabtis, fósiles, o cualquier otro pequeño objeto fácil de ocultar entre sus ropas a lo largo de sus jornadas. Circunstancia difícil de controlar debido a la tierra y el polvo. Estos objetos, después de un tiempo prudencial, son tratados de vender a turistas o entendidos de la zona, en la mejor suma posible, lo que en definitiva viene a ser su único pago extra del trabajo que ejecutan.

Fue en la mesa de campo donde apreciamos el mayor caudal de esfuerzo que ahí se realizaba. Lentamente se iban agrupando restos de madera, cerámica, o incluso pequeños huesos de animales para luego analizar.

Comprendimos in situ lo increíblemente importante que pueden llegar a ser las pequeñas señales que se encuentran en este tipo de trabajo científico. Recordamos que en el segundo día de nuestra participación en la excavación, fueron encontrados dos diminutos trozos de lapislázuli no más grandes que un botón de camisa, al igual que un aro de collar roto y muy pequeño, que sin embargo fueron exhaustivamente analizados por el Dr. Wilkinson y el Dr. Schaden de la misma forma que si se tratara de hallazgos de mayor relevancia.

Nos comentaba el Dr. Wilkinson que el más mínimo trozo de tela, madera, piedra, metal, hueso, que no pertenezca al lugar, es imprescindible que sea tomado en cuenta; incluso aquellos que nos parezcan indignos de atención o apresurados análisis, porque del material menos esperado, del indicio más sutil encontrado en el campo de trabajo se pueden llegar a armar a veces intrincados rompecabezas.

Tim Heite, el más joven del grupo, estudiante de egiptología alumno de Wilkinson, participaba como ayudante de campo, y la mayoría del tiempo controlaba la reconstrucción de vasijas y a los obreros.

Fue con Tim con quien tuvimos la oportunidad de departir por largas horas de distintos temas.

Si bien Tim compartía, al igual que nosotros, el sentimiento de agrado de encontrarse trabajando allí, prefería el trabajo de apreciación y estudio de las pinturas de las tumbas, reconociendo que el trabajo de campo como en el que estábamos requería de especial adaptación al medio ambiente y sus elementos, como polvo, calor, moscas, sumado a que muchas veces durante largo tiempo no sucede nada especialmente novedoso.

Para nosotros, por el contrario, el ruido de la excavación, como las rocas cayendo al canasto de cuero, la melodía que luego otonan al ser cernidas por el obrero, la protesta del suelo al ser herido por la metálica cuchara que hurga en busca de perfiles y el inagotable susurro de los obreros, es más seductor y cautivante.

Fue con Tim con quien realizamos largos reconocimientos del valle. Lamentablemente no pudimos tener acceso a la tumba de Amenhotep III ya que estaba fuera del programa de la misión, pero merced a nuestra curiosidad visitando sus alrededores, vimos con creces paga nuestra pena al encontrar un grupo de pedernales, inexplicablemente abandonados junto a fósiles de moluscos claramente identificables.

Como estudiantes, el primer paso a seguir fue tomar fotos de las piezas tal cual las encontramos para documentar el hallazgo, luego decidimos tomar algunas para trasladar al campamento y mostrarlas a los arqueólogos. Demás está decir que el hallazgo causó gran conmoción, ya que no se podía entender cómo podían haber sido abandonadas estas piezas.

La mayoría del grupo técnico encontró una sensata explicación, al pensar que estábamos frente a un gran olvido, o mejor dicho un gran descuido.

Los últimos que habían trabajado en el lugar, habían sido japoneses, y fue a quienes se les atribuyó el dudoso honor de ser los autores del hallazgo y posterior olvido de las piezas.

La calidad de los fósiles de moluscos y su tamaño eran increíbles, al igual que su estado de conservación.

Se los calculó en forma primaria, no menos de 1 millón de años. No es difícil encontrar piezas similares a lo largo del valle tebanos en manos de campesinos; pero éstas en especial nos hacen reflexionar sobre lo que debe haber sido esta zona tan árida en la actualidad, cuando era un mar.

Las puntas de sílex, cuchillos, hachas, pertenecientes al paleolítico medio, nos hacen apreciar lo increíblemente rico que es el suelo en el que nos encontrábamos, tanto en aportes de información de distintas eras geológicas de la tierra, como del incontenible instinto de superación del hombre.

Como contraste queremos ejemplarizar la imagen de estos primitivos cuchillos abandonados hace miles de años, con obras de orfebrería de exquisito buen gusto como las que se han ido encontrando en las tumbas de periodos más recientes. También pensamos en los sarcófagos de granito, primorosamente tallados y esculpidos, al igual que las paredes de muchas tumbas en bajo relieve que denotan un pulso sutil y una presión casi mágica para tallar la pared en forma uniforme mostrando escenas inundadas de vida y movimiento.



El Dr. Wilkinson joven pero seguro y decidido, hizo hincapié en que era una inigualable oportunidad de intercambio cultural.



El Dr. Shaden mostraba gran vitalidad y ánimo en sus tareas. Solía bromear con su sombrero del cual decía que tenía más de cien años.



Una rústica mesa de campo oficiaba de punto de concentración. Ubicada a nuestro entender en un lugar inmejorable.



Los obreros discretamente controlados trabajaban siempre con voluntad y disciplina. A la hora del té tenían por costumbre charlar de distintas cosas.



Para nosotros el ruido de la excavación, como la protesta del suelo al ser herido por la metálica cuchara, es más seductor y cautivante.

Pág. 40.

-v-

Los Babuinos

Volvemos a la realidad del caliente y árido valle occidental para narrar una experiencia que afortunadamente nos tocó vivir al visitar la tumba que creíamos que jamás conoceríamos (la del faraón Ay de la XVIII dinastía) sucesor del faraón Tutankamón.

Ay también había ocupado cargos de gran importancia en los períodos de gobierno de Amenofis IV (Akhenatón).

Su reinado duró cuatro años y sabíamos que poseía en Amarna otra tumba privada digna de un alto sacerdote, que nunca llegó a ocupar. Podemos identificarlo claramente en la tumba de Tutankamón, donde ataviado con ropas de sacerdote con títulos reales, ayuda al faraón en el pasaje hacia el mundo de Osiris. Actitud que entendemos pretendía demostrar tal vez su legitimidad de derecho al trono.

Recordemos que el faraón Tutankamón no dejó herederos naturales a su temprana muerte. Y en la convulsión de esos momentos ¿qué mejor personalidad que la de un viejo sacerdote que había visto vivir, gobernar y morir a tres faraones?

Akenatón fue el primero, que se empeñó en transformar la religión ortodoxa del estado por casi dos décadas.

El sucesor de Ay fue el general Horemheb, quien con brazo firme gobernó durante 28 años aproximadamente.

En las veces anteriores que habíamos visitado el valle, nos habíamos acostumbrado a ver la entrada de la tumba del faraón Ay cerrada y tapada parcialmente por rocas, rodeadas de un vivo silencio.

El ver la entrada sin roca, sabiendo que podríamos franquear la misma, nos despertaba una ansiedad y curiosidad difícil de contener.

Wilkinson, siempre de buen y cortés trato supo darle a nuestra visita la importancia que representaba para nosotros conocer la tumba. El veedor egipcio nos solicitó que no tomáramos fotos en el interior de la tumba; medida que nos pareció tal vez demasiado recia por tratarse de un estudiante, pero en definitiva legal, por lo cual ni siquiera cuestionamos.

El veedor egipcio abrió la puerta enrejada, encendió la linterna y se sumergió delante de Wilkinson por la entrada descendente. Nosotros detrás, hicimos lo mismo, encendimos nuestra linterna y comenzamos a recorrer el largo y descendente corredor que comienza con unos bien terminados escalones.

Pág 41.

La sensación fue indescriptible, nos sentimos muy emocionados de poder entrar en un lugar que conserva mucho de su originalidad, y que por fortuna no es frecuentado por el público, viendo pasar indiferente el tiempo y los acontecimientos de la humanidad.

Terminados los escalones, encontramos un descansito, donde pudimos observar que habían restos de por lo menos dos momias en muy mal estado, las que, a pesar de conservar parte de sus vendajes, era evidente que debieron haber sorteado difíciles momentos antes de llegar al lugar donde hoy se encuentran.

Junto a ellas había restos de madera, que por su forma se puede afirmar que pertenecían a uno o varios ataúdes.

Precisamente en este lugar, el corredor se ensancha hacia ambos lados, que no tienen más de un metro de profundidad, formando de esta manera dos falsas ventanas. A partir de este lugar el descenso es más pronunciado y carece de escalones, por lo que se hace más apurado.

Cuando llegamos a la cámara funeraria, a pesar de que la única luz era la de nuestras linternas, nos impresionó realmente el brillo y colorido de las pinturas que encontramos en las cuatro paredes de la cámara.

La misma es amplia y única. Nuestros ansiosos ojos, por fin se encontraron con la legendaria y famosa pintura de los monjes. La cual está ubicada al entrar a la cámara hacia la derecha (norte). La misma presenta tres filas horizontales con cuatro monjes babuinos en cada una de ellas.

Tan bella imagen, quedará grabada para siempre en nuestras retinas.

En la pared izquierda (sur) de la cámara, apreciamos la barca sagrada surcando el Nilo, y al faraón presentándose ante Osiris.

En la superficie de la pared central, (oeste, que enfrenta a la entrada), vemos al faraón junto a su esposa en posición oferente de pie frente a Osiris.

En la pared (este) que enfrenta a esta pintura encontramos una escena que despierta gran curiosidad, ya que se trata de la caza en los pantanos.

Este motivo es muy común en la tumba de los cortesanos, pero no en la de los faraones del nuevo imperio. Al verla, no podemos dejar de pensar en el arte de Amarna, impuesto, o nacido, por el llamado faraón hereje Akhenatón, en donde Ay desarrolló y cumplió actividades oficiales.

Sabemos que en vida de Akhenatón, se hizo construir en el cementerio de Amarna una espléndida tumba, donde también aparece con su esposa en forma oferente, pero frente al disco solar Atón.

Pensamos que en el momento de los trabajos de construcción y pintura de esta tumba, aún influía de forma innegable la libertad iconográfica del periodo de Amarna. A pesar de que regía nuevamente la adoración al dios Amón.

En esta pared se aprecia al faraón en una escena llena de calidez, exenta de la rigidez que se observa en las faraónicas de la misma dinastía, exceptuando la del rey Akenatón.

Como ejemplo podemos citar las de Tutankamón y Horemheb, antecesor y predecesor respectivamente, que presentan únicamente escenas de orden religioso-funerario.

Lo más importante como objeto funerario dentro de esta cámara es la tapa del sarcófago del faraón Ay, la cual se encuentra pesadamente ubicada en el centro de dicha cámara.

Fue aquí, en este lugar, donde Wilkinson nos leyó y enseñó el nombre del faraón Ay. Experiencia inolvidable; leer un cartucho real a la luz de una linterna, en este lugar tan apartado, de la mano de un egiptólogo llamado Wilkinson.

No pudimos evitar emocionarnos y transportarnos en el tiempo hasta principios del siglo pasado, en los albores del descubrimiento de los jeroglíficos, y recordar al exitoso y aplicado John Gardner Wilkinson, de quien hasta el presente miles de personas y eruditos consultan sus libros como auténticos clásicos de la Egiptología.

Igual que en la tumba de Tutankamón pero mucho más pequeña y sin terminar se encuentra lo que podría deducirse como el cuarto del tesoro o las ofrendas. Observando detenidamente estas escenas coincidimos con el Dr. Wilkinson que estas pinturas de fuertes colores a pesar de estar muy maltratadas sus imágenes, gozan de un brillo inmejorable totalmente exentas de hongos.

Indudablemente es en esta tumba donde se pueden apreciar los beneficios de una conservación natural, la misma es rara y ocasionalmente visitada, ubicada en un lugar árido, lejano, apartada del diluvio de turistas que visitan Egipto, indiferente a la publicidad, casi desconocida goza de una calidez y brillo difíciles de olvidar.

Concluyendo nuestra visita, al subir el corredor hacia el exterior, dejando sumidas en la oscuridad aquellas escenas y tapa de granito rosa del sarcófago Real, el natural y espontáneo silencio del grupo nos hizo meditar sobre aquel muy lejano instante en el cual una procesión después de haber depositado al faraón preparado para la eternidad, subieron y sellaron la tumba para el descanso eterno de aquel.

También recordamos a su descubridor Batista Belzoni quien hace más de ciento cincuenta años la encontró y la inspeccionara a la luz de una vela dejándola abierta para las generaciones posteriores.

A pesar de que sabemos que esta tumba ya ha sido visitada podemos decir que la misma contiene restos de madera, momias, trozos de granito rosa que creemos pueden pertenecer a un sarcófago, la misma nos deja la impresión de no contar con un prolijo y acabado trabajo de estudio.

Ya en el exterior Wilkinson nos informó que por el momento los trabajos en esta tumba son breves y de inspección.

Wilkinson a pesar de sus 36 años mostraba gran experiencia como egiptólogo, pero tal vez no mucha en el trabajo de campo. Su nerviosismo o fastidio por el calor reinante y el polvo levantado constantemente por los obreros lo mostraban inquieto, bebiendo constantemente y buscando sombra.

A pesar de su particular actitud no abandonó jamás su cortesía y firme disposición de colaborar, en contestar preguntas que pudiéramos formularle, como también atender las continuas solicitudes de su atención de parte de los distintos integrantes del equipo expedicionario.

El segundo jefe del equipo el Dr. Schaden, arqueólogo, nos explicó (como ya dijéramos) que una de sus misiones era sondear la zona circundante a la tumba del faraón Ay así como la cercana desconocida.

A consecuencia de estos sondeos habían descubierto una pared perteneciente a una vivienda que estaban procurando limpiar para luego determinar sus estructura.

También como pudimos ver fueron varias la Anforas que se extrajeron del mismo lugar circundante a esta pared, las mismas eran restauradas con asombrosa maestría por uno de los obreros más viejos.

El Dr. Shaden mostraba gran vitalidad y ánimo en sus tareas, sin dejar de lado su pipa iba y venía a lo largo del campamento donde solía bromear con su sombrero del cual decía que tenía más de cien años, siendo el mismo partícipe de innumerables excavaciones.

Los obreros como ya lo dijéramos discretamente controlados trabajaban siempre con voluntad y disciplina, a la hora del té siempre tenían por costumbre charlar de distintas cosas, no siempre referentes al trabajo que estaban efectuando.

Debido a nuestros conocimientos de árabe, nos podíamos comunicar en forma directa con ellos especialmente a la hora del té, del cual podemos decir es muy reparador.

Al final de la quinta jornada la última para nosotros en el valle occidental en este viaje, nos despedimos de los integrantes del grupo, intercambiando direcciones y deseos de fortuna en los próximos trabajos de investigación, este equipo continuaría por un periodo de quince días más trabajando en el lugar.

Wilkinson, sin abandonar su caballerosidad comprometió su palabra para el futuro. Prometiéndonos información de los trabajos para cuando estuviera pronta.

Ya no volvimos a entrar en aquella pequeña tumba; al darnos vuelta para mirar por última vez el lugar nos pareció increíble que en las entrañas de ese suelo sobreviviera la pintura de doce babuinos con colores llenos de vitalidad, indiferentes a la rivalidades y disputas de los hombres, indiferentes a la publicidad, indiferentes a su destino.

----- 0 -----



Como estudiantes, el primer paso a seguir fue tomar fotos de las piezas tal cual las encontramos para documentar el hallazgo.



Ya no volvimos a entrar en aquella pequeña tumba. Al mirar por última vez el lugar nos pareció increíble que en las entrañas de ese suelo sobreviviera la pintura de doce babuinos, indiferentes a su destino.

Pág 48.

-VI-

EPÍLOGO

Entendemos que el valle occidental puede depararnos en el futuro más de una sorpresa.

Su actual superficie deja mucho que desear, notorias marcas de sondeos y excavaciones, sumado a caminos enmarcados no concuerdan con la desprolijidad que impera en la mayoría del lugar. Basta acordarnos del hallazgo fortuito de los pedernales en un promontorio, o la forma en que eran tirados los escombros por la expedición que trabajaba en esta ocasión.

También son notorios los indicios de desprendimientos como de huellas de cursos de agua provenientes de las laderas.

Tal vez debido a lo poco espectacular de su contenido conocido, y en virtud de otras prioridades los científicos no lo encuentran seductor como para distraer esfuerzos en él.

Relacionando su proximidad al valle oriental, (superpoblado de tumbas faraónicas) y comparando los distintos valles cercanos y sus contenidos. Se nos hace difícil aceptar que éste, ubicado en un lugar tan privilegiado, no haya sido elegido por la casta superior para construir su morada de la eternidad, u otras no tan privilegiadas usufructuando la situación.

Todos sabemos que la tumba del faraón Tutankhamón fue encontrada en un estrato inesperado del valle oriental.

Los indicios de los trabajos realizados hasta el momento, no hablan de nuevas tumbas u otros hallazgos por lo tanto sólo nos resta esperar los informes futuros de nuevas misiones.

De carácter estrictamente personal sería narrar las sensaciones al dejar Luxor. Su infinita galería de personajes, sumado a su milenario patrimonio universal hacen de esta ciudad un lugar difícil de olvidar.

Sabemos del peligro real que corren hoy en día los monumentos. Como ya lo expresamos las autoridades responsables enfrentan una encrucijada que los coloca más allá de lo racional. Templos y tumbas que han soportado hasta duros terremotos como ha sucedido en los últimos tiempos. Se ven vertiginosamente deteriorados, debido a que con una natural fuente de ingresos.

Sin olvidarnos de la situación socio-económica, que plantea la imposibilidad del cierre de estos monumentos.

Entendemos que de no concretarse medidas, las próximas generaciones no gozarán del privilegio que significa contemplar directamente el milenario mensaje de la antigua civilización Egipcia.

Ninguna otra ha llegado tan sutilmente hasta nosotros, con una cascada de personajes y circunstancias que parecerían no reconocer el paso del tiempo.

Pág 47.

(Todas las fotografías son originales del autor © 1992)

BIBLIOGRAFÍA

- C. Aldred.
" Akhenatón", Faraón de Egipto.
Madrid 1989.
- M. Baud.
" Les Guides Bleus: Égypte".
Paris 1950.
- H. Carter.
" La Tumba de Tutankhamón".
Barcelona 1968.
- A. Dodson.
" Egyptian rock-cut tombs".
Londres 1991.
- A. Eggebrecht.
" El Antiguo Egipto"
Barcelona 1990.
- J. Kamil.
" Luxor ".
Londres 1973.
- W. Murnane.
" The Penguin Guide to Ancient Egypt".
Londres 1983.
- J. Romer.
" Los últimos secretos del
Valle de los Reyes".
Barcelona 1983.
- T. Sterling.
" Descubrimiento de Africa".
New York 1963.
- W. Stevenson Smith.
" The Art and Architecture of Ancient Egypt".
New York 1981.
- Ediciones Visconti.
"Arte en el Mundo".
Milán, Italia 1966.

Í N D I C E

Introducción	III
El Valle Occidental de los Reyes	1
El pueblo de Gurna	13
La Colina Tobana	25
Dr. Richard Wilkinson	33
Los Babuinos	41
Epílogo	47
Bibliografía	48

* * * * *